

“No probareis mis labios sin antes probar mi vino”

Y es en ese tiempo, algunos años antes de la reconquista de Valencia, cuando aparece la leyenda de la dama Sol. La dama era la heredera de una familia mozárabe que, generación tras generación, había mantenido la tradición del vino Requena.

Sus extensos viñedos le daba categoría de aristocracia rural y, siendo la doncella bellísima, nadie en la comarca tenía un aspecto más noble....

Sin embargo, su más preciado don, su belleza exquisita, era también su perdición; pues los caballeros de la comarca, le tenían tal admiración que ninguno se consideraba digno de ella. La delicada piel de la doncella, su intensos ojos esmeralda, su esbelta figura y su grácil andar, la hacían parecer un espejismo inalcanzable, un tesoro al que nadie osaba acercarse. Y así, bella pero sola y por ello triste, Sol, pensaba que nunca encontraría un caballero que la quisiera por esposa.

Al dar comienzo la vendimia, cada año, la familia Requena organizaba una cena de gala a la que se invitaba a los más distinguidos caballeros, a las mejores familias, y Sol, más preciosa si cabía, conversaba amable con los invitados, bailaba con los más apuestos y desafiaba a los más osados. Todos quedaban encantados, hechizados con sus palabras, admirados con su carácter tan dulce como seductivamente fuerte, pero como si una maldición la acechase, ninguno pedía nunca su mano.

Cierto año, ya muy lejano, durante la vendimia, un curtido vendimiador que toda la comarca había cruzado a pie para trabajar las tierras de la reputada familia Requena, se acercó una tarde al palacio en busca de agua.

Sol asomada al balcón para disfrutar de la brisa y contemplar los viñedos en todo su esplendor cruzó un instante la mirada con él, y como todos, el hombre quedó prendado.

Cuenta la leyenda que el hombre por las noches no dormía, sino merodeaba desde la caída hasta la salida del sol alrededor del palacio, entonando canciones de amor.

Sol escucha, hasta quedarse dormida, soñando con los días en que algún hombre la amaría. Dos meses pasaron, cada noche, sin falta, el hombre volvía, con nuevos versos, romanceros, sonetos que el mismo para la dama componía.

Desesperado el señor Requena, que por loco lo tomaba, cansado de su insistencia, lo mandó traer a palacio y le prohibió la entrada en sus tierras.

Sin embargo, el vendimiador no se rindió, cada domingo una blanca paloma mensajera, se posaba frente a la ventana de la doncella con un poema de amor. Sol echaba de menos las sonatas nocturnas, la voz que ya se le había echo amiga, y sin cual ya no se dormía, y pidió a su padre que invitase al hombre una noche a cenar. Resignado, a los ruegos de su querida hija, a la que nada podía negar, el señor Requena aceptó, esperando que así todo acabaría y mandó a sus hombres en busca del vendimiador.

Con sus mejores ropas, que no dejaban de ser harapos, el vendimiador, se presentó con el ramo de flores más vivo y fresco que jamás se haya visto. Se sentaron a la mesa y más cortés que un auténtico caballero, conversó con Sol de tú a tú, hizo reír a la señora, y se desenvolvió con una naturalidad desconocida para Sol, viniendo de un hombre. El vendimiador, no había visto nunca antes tan apetitosos manjares sobre una mesa, y menos había probado nunca el rojo vino, que tan intenso y tentador, se le antojaba un pecado y rehusó probar. El Sr.Requena consideró una ofensa que el vendimiador no quisiese beber de su vino y puso el grito en el cielo.

La bella Sol, que no quería disgustar a su padre, ni perder de nuevo al encantador vendimiador, que empezaba a ahondar en su corazón solitario, cogió con delicadeza la botella de vino y lleno lentamente la copa del vendimiador, diciendo, con seductora picardía: “No probareis mis labios sin antes probar mi vino”. El vendimiador, que tras tanta persistencia había conseguido llegar hasta la mesa de la mujer de sus sueños, no pudo más que aceptar el reto, alzó la copa, y sorbió el exquisito jugo de las uvas que durante semanas había recogido; lo degustó, asombrándose del indescriptible sabor que le inundó el paladar. Mientras su boca se impregnaba de tan delicioso líquido rojo pasión, su corazón se llenaba de gozo y valor. Al acabar la copa el vendimiador, engrandecido, empujado por la fuerza intensa del vino, se puso de rodillas ante el Sr. y juró cuidar y amar a su hija si le concedía su mano, y así se ganó el respeto de la familia Requena, y el amor de la más noble doncella.